

La parte superior tiene de fecha desde 1532. La fecha se precisa por una piedra de la fachada en que se encuentra el milésimo. Por lo demás, para los aficionados á lo gótico no podría haber duda, su ornamentación tiene toda la gracia, toda la ligereza y toda la finura peculiar á la arquitectura de principios del siglo XVI.

El último corregidor de Brujas se disponía á hacer demoler la obra maestra de la edad media, cuando felizmente Napoleón, que se encontraba en aquel momento en la ciudad, se opuso á aquella profanación, diciendo que la capilla de la Santa Sangre, con su torrecilla graciosa y esbelta, le recordaba los edificios de la Siria. De este modo cuando Napoleón no podía fundar conservaba.

En cuanto á las propiedades de la Santa Sangre en Brujas, son casi las mismas que las de la sangre de San Genaro en Nápoles. En 97 desapareció con gran dolor de los brujeses; mas al punto que se restableció la calma, el que había hecho aquel robo piadoso con peligro de su cabeza, se apresuró á volver la reliquia á su capilla.

A partir desde el siglo XIV comienza el grande esplendor de Brujas. En 1593, habiéndose verificado una competencia á tiro de arco en Tournay, se reunieron allí trescientos ochenta y siete tiradores que acudían de cuarenta y ocho ciudades diferentes, en cuyo número estaba inscrita París. Los brujeses no ganaron el premio del arco, es verdad, pero ganaron el de la mas rica concurrencia.

En 1429, se aumentó este esplendor con las fiestas que dió el conde Felipe el Bueno, con motivo de su matrimonio con Isabel de Portugal.

El mismo fué quien, como se sabe, en medio de aquellas fiestas, y para acoger las chanzas de algunos señores jóvenes acerca del color rubio un poco exagerado de los cabellos de su joven esposa, instituyó la orden del Toison de Oro.

También fué en Brujas donde se verificaron las ceremonias del matrimonio de Carlos el Temerario. Y á Brujas donde había entrado en triunfo, fué llevado su cadáver por orden de Carlos V, su nieto, en 1550, es decir, setenta y tres años después de su muerte. En todo ese intervalo, había permanecido en la iglesia de San Jorge en Nancy.

Carlos el Temerario encontró ya dormida con el sueño eterno, en la capilla á donde le conducían, á María de Borgoña, su hija. Le colocaron á su lado, y en 1558, Felipe II mandó se construyese para el padre un sepulcro semejante al que encerraba ya el cuerpo de la hija, y que se había construido por orden de María de Austria. En una cuenta de 1568 se encuentra que el gasto de aquel sepulcro se elevó á 24,595 florines.

Allí están hoy todavía, en la tercera capilla á la derecha entrando. Carlos está cubier-

to con su coraza de batalla, con la corona soberana en la cabeza, la orden del Toison de Oro en su pecho; un león á sus pies, su casco á la derecha y sus guantes á la izquierda, y su divisa, que es á la vez la del héroe de Montlhery y del insensato de Morat:

Yo lo comprendí, bien me sucede.

Este sepulcro es uno de los mas magníficos que existen, está todo dorado, habiendo costado dorarlo solamente veinte y cuatro mil coronas de Brabante; los adornos son de plata y esmalte, y todo alrededor hay escudos con las armas de las principales casas de Europa con las que estaba ligado.

Hé aquí la inscripción que tiene. Así como habían dorado la estatua, se quiso dorar el cadáver:

Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnífico príncipe Carlos, duque de Borgoña, de Lothrycke, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, conde de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatino de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur, de Zutphen, marqués del Santo Imperio, señor de Frisia, de Salinas, de Malinas, el cual, hallándose dotado grandemente de fuerza, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Montle-Nery, en Normandía, en Artois, en Lieja, como en las demás partes, hasta que la fortuna, volviéndole la espalda, le faltó en la noche de los reyes de 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo, depositado en el dicho Nancy, fué después por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Carlos, emperador de Romanos, quinto de este nombre, su sobrino segundo, heredero de su nombre, victorias y señorios, transportado á Brujas, donde el rey Felipe de Castilla, Leon, Aragón, Navarra, hijo de dicho emperador Carlos, le hizo colocar en este sepulcro al lado de su hija y única heredera, María, mujer del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, después rey y emperador de Romanos.—Orad á Dios por su alma.—Amen.

Junto á la tumba del duque Carlos, está, como hemos dicho, la de la duquesa María. Lo mismo que su padre, está representada tendida sobre su sepulcro, transformado en lecho de honor; como su padre también tiene el manto real y le corona soberana. Dos perros, símbolo de la fidelidad, están echados á sus pies.

Hé aquí, en fin, el epitafio de la hija, que no escude en nada al del padre:

Sepultura de la muy ilustre princesa, señora María de Borgoña, por la gracia de Dios

archiduquesa de Borgoña, de Lothrycke, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, condesa de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatina de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur y de Zutphen, marquesa del Santo Imperio, señora de Frisia, de Salinas, de Malinas, esposa del muy ilustre príncipe Mgr. Maximiliano primero, archiduque de Austria, y después rey de Romanos, hijo de Federico, emperador de Roma, cuya señora murió en este siglo á la edad de veinte y cinco años, el día XXVII de marzo, dejando como heredero á Felipe de Austria y de Borgoña, su único hijo varón, de edad de tres años, nueve meses, y también á Margarita su hija, de edad de cuatro años y nueve meses: vivió en matrimonio virtuosamente y con apacible amor con el dicho señor su marido, sentida, lamentada y llorada de todos sus súbditos y los demás que la conocían tanto como no lo fué jamás princesa alguna.—Orad á Dios por su alma.—Amen.

En el mes de mayo de 1810, Napoleón, este otro temerario, se hizo abrir las puertas de la capilla del duque Carlos; y como si hubiese adivinado que á pesar de estar en el apogeo de su gloria, también él había de tener su Morat, su Granson y su Nancy, dejó piadosamente diez mil francos para que se empleasen en el adorno de la capilla del duque Carlos y de la duquesa María.

Verdad es que había ya tomado de aquella capilla su mas bello adorno, con el que hizo un regalo al Museo de París. Hablamos de la efigie de la Virgen y del niño Jesus de Miguel Angel.

He aquí la historia de este grupo florentino que nos admiramos de encontrar perdido entre las brumas de la Flandes.

La obra del sublime tallista de mármoles estaba destinada á la ciudad de Génova, cuya ciudad, cuando estuvo concluida, envió para recogerla uno de sus mil buques; mas cuando el buque volvía, fué capturado por uno de los corsarios holandeses que corrían entonces los mares llevando en lo alto de su mástil una escoba por pabellón. El corsario se creyó robado atrozmente cuando vió que el buque genovés tenía por todo cargamento una efigie de la Virgen; así, su primera intención fué hacerla pedazos y arrojarla al mar. Sin embargo, reflexionó que por poco que valiese aquella imagen valdria algo, y que este algo en todo caso valia mas que nada. En consecuencia, volvió con su presa á Amsterdam, donde gracias al espíritu artístico de los holandeses, que se había desarrollado ya en aquella época, la tuvo en su poder por espacio de dos años, sin encontrar en aquel tiempo un solo aficionado. Por fin, un comerciante de Brujas, llamado Pedro Mouserón, habiendo visto el grupo, se le ocurrió hacer con él un regalo á la iglesia de Nuestra Señora.

Como el corsario holandés tenía prisa por salir de semejante depósito de comercio, al darse á la mar había dado orden á su representante se deshiciese de él á cualquier precio; de modo que este creyó haber hecho una excelente venta cogiendo la palabra al buen comerciante de Brujas, que le ofreció cincuenta florines. Este por su parte, viendo la facilidad con que aquel le daba la mercancía, se creyó robado y ofreció diez florines para invalidar la venta. Mas él representante se mantuvo firme, de modo que el pobre Pedro Mouserón se encontró por la suma de cincuenta florines, que tenía sobre sus espaldas, como se dice en términos de mostrador, una obra maestra de Miguel Angel. Como vió entonces que el regalo en sí mismo era bastante mediano para tratar de obtener de la iglesia lo que él quería, es decir, una sepultura en una de sus capillas, se comprometió á hacer ejecutar á sus espensas el altar de mármol sobre el que se colocaría el grupo. Mediante esta doble promesa, que cumplió religiosamente Pedro Mouserón, fué sepultado delante del altar.

Al regreso de los Borbones, el grupo de Miguel Angel volvió á ocupar su sitio en la capilla de Carlos el Temerario.

Pero los tiempos de prosperidad pasaron muy pronto para la capital de Flandes, y con la reforma religiosa vinieron las disensiones civiles, y á consecuencia de las disensiones civiles la caída del comercio. Ahora bien, el comercio era lo que sostenía toda la fortuna de Brujas. La ciudad se encontró, pues, poco á poco en estado de ruinas, y su opulencia de cuatro siglos desapareció en menos de cincuenta años. Desde entonces Brujas la bulliosa cayó en un sombrío silencio y pasó desapercibida á través de los acontecimientos políticos que se sucedieron: tanto, que aparte de los motines que de tiempo en tiempo vinieron á galvanizarla, parece, según confesión de uno de sus habitantes (1), una ciudad de los cuentos árabes, donde todo parece herido por el sueño.

Gracias al camino de hierro, inaugurado tan solo hacia tres días, encontramos á Brujas en uno de sus accesos de sonambulismo: nos aprovechamos de esta agitación inusitada para volver á descubrir un carroage, caballos y un cochero: no fué cosa fácil; mas á fuerza de pesquisas, ayudados por un natural del país, lo conseguimos por fin. Hicimos nos protestase el cochero que su tiro no se dormiría en el camino, y partimos para Blakenberghe con la sola intención de dirigir una mirada al Océano, que no había visto yo hacia tres ó cuatro años, de lo que comenzaba á cansarme.

Desgraciadamente, el Océano no es visible todos los días. Subimos sobre los mogotes y

(1) Octavio de Lepierre, *Guía de Brujas*.

busamos con la vista; pero habia echado su velo de vapores, y nos fué preciso contentarnos con oírle rugir sordamente. Supimos que estaba siempre en el mismo sitio, y esto nos bastó.

Comimos en Blakenberghe, encantadora aldea del gusto holandés, y enteramente poblada de pescadores: en seguida volvimos á dormir á Brujas.

Al día siguiente estábamos de regreso en Bruselas, donde encontré una carta del señor Van Praët: el rey, que habia tenido la bondad de notar que no nos habiamos vuelto á encontrar, me invitaba á comer de allí á dos dias en Malinas. En este día habia gran funcion religiosa en la cabeza de distrito del segundo círculo de la provincia de Amberes.

Celebrábase allí el jubileo de 850 años en honra de Nuestra Señora de Hanswyck.

EL JUBILEO DE 850 AÑOS.

Acepté la invitacion con tanto mas placer cuanto que desde que estaba en Bélgica, no oia hablar mas que del dicho jubileo de Malinas.

Justo es decir que despues de Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora del Monte Carmelo, Nuestra Señora de Hanswyck es una de las Madonas mas veneradas en el orbe cristiano.

Como sus rivales, su primera aparicion es milagrosa. Un bagel, de una forma estraña y desconocida, se detuvo un dia en el Dyle; entraron en él pescadores y encontraron allí la efigie de la Virgen que se adora hoy. Aquella detencion indicaba el deseo que tenia la Madona de que se la edificase un templo en aquel sitio. No dejaron de satisfacerlo, y edificaron la primera iglesia, que fué destruida en 1578 y reedificada en 1676.

El 15 de agosto de 1838 se cumplian precisamente ochocientos cincuenta años que la Virgen de Hanswyck habia manifestado de una manera tan evidente su predileccion á los habitantes de Malinas, y el jubileo á que habia sido invitado á asistir tenia por objeto celebrar aquel alegre aniversario.

Este dia no se trataba de caminos de hierro; habia salidas de media en media hora, se habia aumentado cada convoy con cincuenta carruages; pero con solo ver la multitud que se apiñaba en la estacion, era fácil comprender que las salidas, por aproximadas y multiplicadas que fuesen, no bastarian á llevar la mitad de aquella afluencia que se estendia for-

mando cola en el momento en que yo debia volver al ayuntamiento. Tomé, pues, el partido de ponerme en busca de un carruage, que con mucho trabajo, y mediante dos luises diarios, conseguí al fin encontrar.

Hay cuatro leguas de Bruselas á Malinas y sin embargo, todo el camino estaba cubierto de gentes de á pie, casi tan juntas como los soldados de un regimiento que desfila; hombres y mugeres que marchaban con toda gravedad, como conviene á verdaderos belgas que creieran indigno de ellos divertirse como los *frausche-padden* ó *franquillones*. Por consiguiente, no hay peligro de que se confundan jamás con los aturridos franceses, como nos llaman los mas políticos de entre ellos.

Por lo demas, la mirada del cicerone brujelés me habia maravillado por su sagacidad en los dos ó tres dias que habia permanecido en la capital de Bélgica. No podia dar un paso fuera de la fonda sin verme asaltado por gentes que me ofrecian, los unos conduciéndome al palacio del príncipe de Orange, los otros á Santa Gudula, estos al Ayuntamiento, aquellos al Jardin Botánico. Habia tenido por conveniente arreglar mi paso al del indigena que me precedia, aceptar sus modales nacionales y silbar canciones que no existen, mas no sé por qué habia sido conocido al momento como francés. Esto, lo confieso, me humilló mucho: habia creido que cuando tenia un pantalon á lo cosaco, mis manos melidas en los bolsillos, mi cinta de Leopoldo en el ojal, y no hablando, tenia el aire belga tanto como cualquiera otro; mas en este punto reconocí al momento que me habia equivocado. Así que terminé por tomar resueltamente mi partido y hacia dos ó tres dias que no se me ocurría si quiera disimular mi nacionalidad.

Preciso es decirlo en alabanza de aquellas honradas gentes de á pie, aunque compatriota de los vencedores de Amberes, llegué á las puertas de Malinas sin haber sido insultado: mas en la puerta me fué preciso apearme; habia allí tal multitud, que se habia prohibido á los carruages circular.

Eché pie á tierra, y guiándome por la torre de la catedral, una de las mas bonitas que existen, á pesar de estar sin concluir, llegué por fin á la plaza del Ayuntamiento. La Bélgica entera parecia haberse dado cita para Malinas. De seguro habia mil quinientas almas.

Pero lo que me quedaba que hacer era mucho mas difícil de ejecutar que lo que habia hecho: por mas celeridad con que fui á Malinas, me habia retrasado, y encontré el Ayuntamiento defendido por una triple barrera de soldados, entre los que se hallaba la música tocando aires militares.

Cuando el flamenco está vestido sencillamente de paisano, condesciende en hablar en francés ó poco menos; pero cuando está so-

bre las armas, no comprende mas que su lengua nacional. Resultó, pues, que á pesar de proponerme explicar lo mas politicamente posible á dos ó tres oficiales, que estaba invitado á comer por el rey Leopoldo, como no llevaba conmigo la carta de invitacion, mi prosa fué completamente ininteligible, de modo que no me quedaba mas recurso que intentar ganar por la fuerza mi posicion, cuando tuve la felicidad de ser visto por el señor Rodenbach, gobernador del distrito, quien conversaba en aquel momento en un balcon con el rey: llamé al punto sobre mi la atencion de S. M., quien viendo mi critica posicion, tuvo la bondad de enviar en mi auxilio á un ayudante de campo. Segun parece, la palabra *Plaza* es igual en francés que en flamenco, porque apenas el ayudante de campo la pronunció se abrieron las filas y yo pasé triunfante.

Estábase ya á punto de ponerse á la mesa sin embargo, el rey tuvo tiempo de presentarme á la reina, pobre jóven que cae de rodillas á cada rumor que oye procedente del lado de Francia; pude yo darla buenas y recientes noticias de algunas personas de su familia, y sin duda debí á esta circunstancia la graciosa acogida que me hizo.

La comida fué corta y bulliciosa; la escitacion que parecian experimentar todos, y de que era la causa el jubileo, habia apartado á un lado lo que la etiqueta real tenia de mas rigoroso. Por otra parte, me pareció que el rey se semejava mas á un padre rodeado de su familia, que á un soberano en medio de sus súbditos.

A los postres, se presentaron diputados en la procesion á pedir el permiso para ponerse en marcha; era muy larga, y era de temer si se tardaba mas que no pudiese desfilir todo durante el dia. El rey respondió levantándose y todos acudieron á los balcones. En el mismo momento, los soldados que estaban en la calle se formaron en fila, á fin de abrirse un paso por medio de la multitud. Oyéronse las trompetas, y se vió aparecer una mitad de cazadores á caballo, abriendo la marcha á la cabeza de la cabalgada una banda de música.

Detrás de la mitad de cazadores iba una banda de música de infanteria.

Despues cuatro porta-estandartes de la Santisima Virgen de Hanswyck: aqui comienza la procesion.

Procesion indescribible y de la que nos veremos obligados á citar pura y simplemente el programa, contentándonos con decir que, contra la costumbre, se seguia exactamente este programa.

Treinta y seis doncellas á caballo representando la letania de la Santisima Virgen, llevando en la mano derecha una bandera blanca, y en la izquierda, unas la *Casa de oro*, otras el *Espejo de Pureza*; el coro de ángeles con harpas y cantando himnos en honor de la Virgen;

Una primer carroza representando la reina de los Angeles, precedida de tres genios;

Una segunda carroza representando la reina de los Patriarcas, precedida de tres genios;

Una tercer carroza representando la reina de los Profetas, precedida de tres genios;

Una cuarta carroza representando la reina de los Apóstolos, precedida de tres genios;

Una quinta carroza representando la reina de los Mártires, precedida de tres genios;

Una sexta carroza representando la reina de los Confesores, precedida de tres genios;

Una sétima carroza representando la reina de las Virgenes, precedida de tres genios;

Una octava carroza representando la reina de todos los Santos, precedida de tres genios;

La gran orquesta de Malinas;

La Virgen de Malinas rodeada de nueve doncellas á caballo representando las virtudes de la ciudad de Malinas;

Oficiales de ordenanzas, ayudantes de campo del rey y grandes oficiales de la corte precediendo la carroza real;

Una novena carroza representando la familia real rodeada de las principales virtudes que le son propias;

Navio representando el bienestar de la patria;

El caballo Bayardo montado por los cuatro hijos de Aymon acompañado de sus potros;

La familia de los gigantes;

El abuelo de los gigantes, de emperador romano;

Dos camellos montados por amoreillos;

El camino de la fortuna;

Destacamento de caballeria cerrando la marcha de la procesion.

Habia obrado con acierto la procesion enviando mensajeros á S. M. para suplicarle apresrase su comida, porque empleó cerca de tres horas en pasar; verdad es que se componia de mas de trescientos personajes y cuatrocientos caballos y que cada grupo se detenia ante los balcones reales para cantar su himno.

Por mi parte estaba maravillado, lo confieso; me encontraba transportado á una fiesta del siglo XV con todo su lujo religioso. Malinas habia espuesto ante nosotros sus mas hermosos hijos para figurar los amores, y sus doncellas mas hermosas para hacer de ángeles y de genios: y todo esto cubierto de joyas, terciopelo y seda. Tal page de diez años llevaba sobre sí valor de treinta mil francos en encages; el total del gasto era de ciento cincuenta mil francos. Ahora bien, Malinas no tiene mas que veinte y cinco mil almas de poblacion y ninguna otra ciudad habria competido con el lujo que desplegaba ella en este dia. Hubiera podido ser mejor aplicado este lujo; la forma de las alas de los ángeles no era la mas pura *Beato Angelico*; el corte de los vestidos hubiera podido tener un aspecto mas di-

vino si hubiesen sido cortados por un dibujo de Luis Boulanger; en fin, aquellos jockeys con gorros de terciopelo y gabanes anchos que se deslizaban furtivamente entre aquella sociedad celestial bajo pretexto de tener los caballos de la brida, alteraban un poco la armonía del conjunto. Pero en nuestros días, como se sabe, no hay buena sociedad en la que no se mezelen algunos pícaros; es preciso no ser demasiado escrupuloso.

Tres personajes de la procesion debían tener el honor de ser recibidos por el rey y la reina; eran estos la Virgen de Malinas y los dos niños que representaban al rey y la reina de los belgas.

En efecto, al llegar á la puerta del ayuntamiento se bajó la Virgen de Malinas, quedando á caballo las virtudes de la ciudad, y subió á la habitación en que estaba el rey: le hizo en puro flamenco un cumplido á que el rey respondió en el mismo idioma. La reina se quitó una presilla y se la dió, con lo que la Virgen se retiró muy contenta y dejó el sitio al pequeño rey y á la pequeña reina de los belgas.

Se bajaron estos de su carroza sin inquietarse por las virtudes que son propias de la familia real, como no se había inquietado la Virgen por las de la ciudad, y subieron á su vez. Sin duda se había dado de antemano á los padres la noticia del traje del rey Leopoldo y de la reina Luisa, porque sus dos representantes estaban vestidos absolutamente del mismo modo, condecorado el reyecito con las mismas órdenes, y adornada la pequeña reina con las mismas joyas. Los reyes abrazaron á sus miniaturas, les llenaron los bolsillos de dulces, y los dos niños, sumamente gozosos, volvieron á subir en su carroza, ideando el modo de conservar su aire respetuoso al mismo tiempo que se comían sus confites.

Cuando todo hubo pasado, hasta el navio que representaba el bienestar de la patria, el cual iba sobre ruedas, hasta la familia de los gigantes y el caballo Bayardo, montado por los cuatro hijos de Aymon y rodeado de sus potros, el rey se volvió hácia mí.

—¡Y bien! me dijo. ¿Qué pensais de esto?

—Señor, respondí, pienso que la Bélgica toda entera está personificada en la fiesta que Malinas nos da hoy. ¡Un misterio de la edad media que se viene á ver por camino de hierro!

En efecto, no es uno de los menores trastornos de nuestra época ver á un príncipe protestante convertido de hecho en rey cristianismo.

Después de aquello había no sé qué ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora de Hanswyck; el rey tuvo la bondad de ofrecerme un sitio entre sus ayudantes de campo; mas le di gracias y le pedí permiso para separarme de él, puesto que dejaba yo á Bruselas al día siguiente por la mañana, y no dejaba de estar algun tanto alarmado acerca del modo de vol-

ver allí puesto que los caminos de hierro sin duda estarían muy concurridos y según todas las probabilidades había perdido mi carruaje. Conoció el rey la validez de semejantes razones, y me volvió mi libertad.

Me aproveché de ella inmediatamente para ir en busca de mi cochero y corri á la puerta donde le había dejado; mas como lo había previsto no estaba allí. Volví al Ayuntamiento donde encontré al señor de Rodenbach, quien me ofreció con una finura encantadora, á mí y á las personas que me acompañaban, un asilo provisional que llegaría á ser definitivo si nuestro cochero no se encontraba. Aceptamos, y el señor de Rodenbach puso toda la policia del distrito en la pista de mi hombre.

A las nueve de la noche llegaron á anunciarnos que le habían encontrado borracho en las cocinas del Ayuntamiento, mientras que los caballos por su parte se comían la avena del rey. El bribon había creído que puesto que yo había sido invitado, él lo era también; y había obrado en su consecuencia.

Volvimos á Bruselas con mucha mas velocidad que al ir á Malinas. La hospitalidad régia producía su efecto.

FONDA DE ALBION.

Al día siguiente nos confiamos de nuevo, no á un cochero ebrio y á dos caballos bien repletos, sino á un mecánico, á dos rails y á unos treinta sacos de carbon, mediante los que anduvimos las diez ocho leguas que separan á Lieja de Bruselas en cuatro ó cinco horas. Cuando digo las diez y ocho leguas, me engaño; no anduvimos mas que diez y siete, puesto que el convoy se para á no sé cuantos miriámetros de Lieja. Allí caímos en medio de un ejército de ómnibus, cuyos cocheros se precipitaron sobre nosotros. Después de haber sido tirados en distintos sentidos por espacio como de diez minutos, quedé como propiedad de uno de ellos, que me empaquetó en su vehículo; grité como un desafortunado por mis maletas, mis paquetes y mis libros, y quise saltar violentamente del furgon: desgraciadamente era yo el catorce, de modo que sin inquietarse en lo mas mínimo con mis reclamaciones, el hombre del banquillo cerró la puerta, echó un pestillo al cochero: ¡completo! y partimos á galope para la patria de Malherbe, Regnier y Gretry. Después de haber rodado así tres cuartos de hora próximamente, en cuyos últimos momentos se había detenido para dar libertad á cuatro ó cinco

de mis compañeros, hizo el ómnibus una nueva pausa, el hombre del banquillo volvió á abrir la portezuela, y dirigiéndose á mí:

—Aquí es vuestra fonda, me dijo.

—¡Ah! ¿Y cómo se llama mi fonda?

—La fonda de Albion.

—¿Y mis paquetes?

—Vendrán dentro de un momento.

—Mas ¿cómo los conocerán?

—¿Está escrito en ellos vuestro nombre?

—Sí.

—Está bien: estad tranquilo.

Me bajé del ómnibus, que volvió á partir á galope, y me encontré con el baston en la mano ante la fonda de Albion.

Esperé un instante por ver si salía alguien á recibirme; mas viendo que la puerta permanecía cerrada, tomé el partido de presentarme por mí mismo. Entré, pues, y pedí de cenar y una habitación.

La huéspeda dormía en un rincón de la cocina; levantó la cabeza y me miró con un aspecto de asombro tal, que creí había tomado una puerta por otra, y que me había entrado en casa de alguna honrada ciudadana donde no tenía derecho de hacer semejante pregunta. Mas dirigiendo la vista á mi alrededor, reconocí en el modo como estaban dispuestos la batería de cocina y los hornillos, que no tenía nada que reprenderme.

—¿Desea el señor alguna cosa? me preguntó la huéspeda.

—Sin duda, algo deseo.

—Entonces, si el señor quiere decir lo que desea...

Creí que no me había portado con bastante política, y que la compatriota de Mathieu Laemberg quería darme una lección de cortesía.

—En primer lugar, respondí, desear saber cómo sigue vd.

—Caballero, estoy buena, ¿y vd.?

—Yo no me siento mal; solo si tengo mucho apetito.

—¿Es vd. belga, caballero? replicó la huéspeda sin comprender al parecer la alusión directa con que iba yo á mi negocio.

—Perdone vd., soy francés.

—¡Ah! Vd. dispense, mas á nosotros los walones no nos gusta mucho alojar flamencos. Pero si vd. es francés, caballero, es otra cosa: no hay mas que hablar.

—Pues bien, desearia cenar, os lo juro.

—¡Oh! es muy tarde para cenar.

—Me parece que es una razon mas.

—En su lugar de vd., caballero, continuó la buena muger con aire despegado, yo no cenaria.

—¿Y por qué? si no lo llevais á mal.

—Mejor almorzaría mañana por la mañana.

—Espero almorzar muy bien mañana por la mañana, aun cenando esta noche; veamos, ¿qué hay en esta despensa?

—¡Ah! dijo la huéspeda sin moverse de su

sitio; si el caballero hubiese venido antes de ayer.... Antes de ayer era cuando estaba bien provista la despensa. Antes de ayer era día de mercado, de modo que teníamos gallinas, patos y perdices.

—Escuchad, dije interrumpiéndola, no os pido una cena de tres entradas. Si no teneis gallinas.... ni patos.... (yo me iba deteniendo á cada volátil que nombraba) ni perdices.... ¿No? ¿ni perdices?... (la huéspeda meneó la cabeza). ¡Pues bien! si no teneis ni gallinas, ni patos, ni perdices, tendreis un trozo de cebon ó de vaca fiambre, ¿eh?

—¡Oh, caballero! si hubiese sido ayer, me respondió la huéspeda; ¡oh! si, había un magnífico trozo de cebon y un bonito pedazo de vaca, porque ayer era día de matadero.

—Pues bien, de esos dos pedazos, ¿no os queda para componerme uno?

—Absolutamente nada; un flamenco ha comido lo último aun no hace dos horas. ¿Vos no sois flamenco?

—No, os he dicho que soy francés.

—¡Ah! es verdad. Es que nosotros los walones no podemos sufrir á los flamencos.

Esperaba yo sacar algo siguiendo su idea.

—Efectivamente, repliqué, es un pueblo bien miserable el pueblo flamenco; sin embargo, tiene una cosa de bueno, y es que en sus posadas, á cualquier hora que se llegue á ellas, se encuentra siempre algo que comer.

—¡Y bien! ¿creeis acaso que nadie se muere aquí de hambre?

—Jamás se muere uno de hambre, respondió haciendo, por acortar el diálogo que comenzaba á llevar algo lejos, una pregunta á mi huéspeda; jamás se muere uno de hambre cuando hay manteca y huevos.

—¡Oh! aquí, dijo la huéspeda, es el país de la buena manteca, el país walon.

—Sea emborabuena.

—Desgraciadamente, hay costumbre aquí de no hacerla mas que una vez por semana.

—¿Y qué día?

—El viernes.

—¿Estamos?...

—En miércoles.

—Así que no teneis mas que manteca añeja.

—No tenemos de ninguna clase; ¡oh! nunca guardamos manteca añeja. Nuestra manteca es demasiado buena para conservarla.

—Entonces, ¿cómo ha de ser! dadme huevos: me contentaré con ellos.

—Esta mañana tenía cuatro docenas.

—No necesito tantos; mandad que me den cinco ó seis pasados por agua.

—Es preciso que os diga que nosotros los habitantes del país walon no enseñamos practicantes.

—¿Practicantes de cirugía?

—¡Oh! conozco perfectamente que no sois flamenco: sois un corrido. Tanto mejor, porque los walones no podemos....

—Bueno, bueno, ya lo habeis dicho: no po